

AÑO XVIII.—NÚM. 5517.

25 DE OCTUBRE DE 1879.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 25 de Octubre de 1879.

LA CARIDAD EN ACCION.

Sublime, tiernísimo es el espectáculo que hoy presenta Cartagena en el ejercicio del más grande, del más santo de los deberes que Dios impuso al hombre en el primero de los preceptos de su Código Divino; *amarás á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y á TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO.*

Y nada más grato, tampoco. Ninguna satisfacción más legítima, ni más pura que cuando enjugamos las lágrimas del que llora.

Los cielos sonríen, y el alma se diviniza en el aliento purísimo de Dios.

Increada caridad

Segun Juan es de Dios nombre;
Luego tiene en propiedad
Algo de Divino el hombre
Que ejerce la Caridad.

Así está escrito sobre la puerta de una de las salas del santuario de nuestra predilección.

Hace diez días, que un aluvion horrible, una tromba asoladora, vertiendo sus torrentes en una dilatada estension de feracisimas comarcas, y rebasando los cánce que á las corrientes marcó naturaleza, derramándose en turbulentas ondas inundó y transformó en lago inmenso la extensísima cuanto rica y hermosa vega que ceñía de eterno verdor á la reina del Segura. Torrente devastador, se ha llevado en pos de sí la savia de su suelo; ha arrasado pueblos enteros, millares de rústicas moradas, apacibles albergues del amor y de dulcissimas esperanzas; segur implacable, ha segado vidas sin cuento, sumiendo en la horfandad ó en el abandono multitud de familias, ayer felices á la sombra de sus baracas, hoy desoladas, sin pan, sin techo, sin hogar y sin abrigo.

Cartagena, pueblo el más cercano á Murcia, el más identificado con ella por los lazos del amor, de la amistad y del particular interés, fué aperebida del siniestro; desde sus elevados muros, cuando al sol se levanta y la naturaleza despierta, pudo escuchar, traídos por las áuramatinales, los gritos de socorro que como un himno de muerte, partían de la inundada vega; y allá mandó sus bateles y sus marinos.

Todavía no habian dejado estos entierra el último naufrago; no habia comenzado aún el descenso de las aguas, y ya en el seno de ella habia brotado una idea; un pensamiento que llevó á la atribulada ciudad un opulento capitalista, que no hay para que decir aquí su nombre.

La sesion del Ayuntamiento de Murcia de la noche del día diez y seis, lo ha consignado en sus actas; los periódicos de aquella localidad en sus columnas.

Casi al mismo tiempo que esto sucedía, por una afinidad de sentimientos, se inicia otro en el mismo teatro de la desolación. El subdirector de telégrafos de esta estación don Alejandro de Béjar da la idea, que acepta el Excmo. Sr. General Gobernador de esta plaza, y acoge benéfico el Excmo. Sr. Capitan general interino del Departamento; y á esto siguen las demás corporaciones así civiles como militares.

A los cuatro días de iniciado el terrible dastro, la corporacion municipal, la Marina, el Ejército, cuanto dentro de estos muros tiene algun principio de autoridad ó de iniciación, todo se runde en un solo sentimiento: el socorro de tanta calamidad; pero el socorro inmediato, instantáneo, cual pedían la desnudez y el hambre, amontonados en fatídico consorcio; y dos días despues el pensamiento ora un hecho. Empezando por el Municipio, el primer arranque de su compasion fué un donativo de veintitres mil novecientos veintiocho reales que constituan el fondo de imprevistos; pero pareciéndole pequeña la ofrenda para la grandeza del objeto, abrióse una suscripcion particular entre los Sres. concejales presentes, que encabezaron en el acto con veintidos mil cuatrocientos reales. Ambas cantidades que en total hacen cuarenta y seis mil trescientos veintiocho reales, es la que ha servido de robusto núcleo á la suscripcion popular.

Numerosas comisiones han recorrido la poblacion pidiendo de puerta en puerta *una limosna para los pobres de Murcia.*

Debemos poner en primera línea, como cuotas más importantes las del Excmo. Sr. D. Andrés Pedreño y el señor D. Juan Jorquera, por diez mil reales cada uno; y por dos mil tambien cada uno los señores don José Garcia Tudela y D. Venancio Izquierdo. Siguen á estas otras muchas de mil y de quinientos. Si de estas eminencias del capital descendemos á las clases menos acomodadas, á las que viven de la nómina, de la industria ó del trabajo, veremos al humilde empleado dejando un día de su haber; veremos al artista, al vendedor, al menestral, desde el que espone su vida en un andamio hasta el galafate que se retira muchos días sin haber desliado el cordel que lleva al hombro; los que sufren en reclusion la pena de sus extravios; la misma mendicidad que vive del *cuarto* del sábado; hasta la abyeccion en su grado más lastimoso, esas almas desdichadas que la

sociedad repele á los barrios más apartados, todos han depositado en la bolsa el óbolo de la caridad; todos han contribuido segun su posibilidad, ya que no en la estension de sus deseos, al alivio del dastro. Solo así se explica que uno de las comisiones haya recogido veinticinco mil reales; solo así se comprende que en el barrio del Molinete, donde tiene asiento la pobreza, hay un podido obtenerse hasta dos mil.

La marina y el ejército, los demás empleados del Estado; el humilde operario del Arsenal, el soldado, el marinero, todos, todos, se han unido en el sentimiento y en la accion para esta obra de misericordia, tan grande á la vista de la humanidad, como acepto será á los ojos de Dios! ¡Que el dastro sea una bendicion del cielo que descienda sobre los afligidos!

¡Qué hermosos es la caridad! Benditos sean los pueblos, y benditos aquellos que así se dejan llevar dulcemente de la práctica de esta virtud; sentimiento inmenso para quien son campos limitados los ámbitos del mundo. Por eso tomó asiento y puso su foco en lo más encumbrado de los cielos.

Quizás se nos tome por inmodestos; pero permitiéndonos lo digamos con fruicion. Grande; poderosa, fuerte vemos á Cartagena bajo la accion de Marte; á sus puertas se detuvieron los ejércitos invasores, y el mundo ha podido admirar hasta que grado sabe llevar su resistencia; grande en su fé ha logrado salvar y conservar incólumes las tradiciones de sus mayores á través de los rudos embate de la impiedad; en las grandes calamidades, cuando las aguas han anegado su suelo, cuando la peste le ha diezmado á sus hijos, le hemos visto paciente y resignado ir á llorar sus cuitas al pié de los altares; grande por tanto es tambien en la esperanza; grande en sus miras y grande en sus proyectos y en el espíritu emprendedor de sus hijos; pero nunca la vemos tan grande, tan magestuosa, tan admirable, como en el dulce ejercicio de la caridad.

Y es que Roldan le dejó su espíritu, y Rosique tambien dejóle el suyo; llamas inestinguibles que aqui prenden al nacer los corazones. Pasan los años, las edades, con sus innovaciones, con sus transformaciones sociales que hace hoy viejo lo que ayer miramos como nuevo; pasan las generaciones; pasa todo; todo, menos la caridad, que es aqui como la palabra de Dios.

Pueblo que en ella mira el mejor de sus timbres, no podia mostrarse indiferente á los clamores de otro pueblo; cuya inmensa desgracia escita hoy la compasion del mundo. Ni cómo pudiera comprenderse, tratándose de Murcia, su hermana más

querida? Ninguno más cerca de ella que Cartagena; nadie más obligado por el amor, por la amistad y por el interés, que aquí podemos considerarlo como de familia. Por eso, Murcia, antes que á ninguno otro vuelve sus ojos á Cartagena.

Ya lo dijimos en otra ocasion y volvemos á repetir ahora; Murcia es para Cartagena la amiga, la hermana; la más conocida y considerada por el frecuente trato y comunicacion. Cartagena tiene orillas del Segura su oasis, con sus áuras, sus aromas y sus ruiseñores; como Murcia en estas playas su Venecia, con su cielo encantador, sus céfiros y sus góndolas. Al embeleso de éstos encantos el amor ha levantado sus altares, la amistad sus aras, la conveniencia sus banderas. Murcia y Cartagena son dos amantes, pero dos amantes condenados á no verse eternamente. Ni Cartagena puede recrear su vista en el hermoso panorama de una pródiga naturaleza, ni Murcia estender su mirada por los espejos inmensos del infinito. Floridablanca hubiera querido ver elevados hasta el cielo los Pirineos; nosotros quisiéramos ver abatida la granítica barrera que impide al Thader venir á saciar la sed ardiente de nuestros campos; y que el génio del hombre que rompe continentes para unir los mares, abriera cañales por donde nuestros bateles fueran á lucir sus flámulas por entre el verde ollage de la vecina vega.

¡Pobre Murcia! Hoy demandas á Cartagena una mirada compasiva, y le pides su limosna; y Cartagena, al mezclar sus lágrimas con las tuyas, te la dá franca y generosa.

Pero no tomes la ofrenda como limosna; recibela como el pan del hermano. El óbolo de la hermana no ofende; ni la desgracia tiene porque sonrojarse.

Felices nosotros si en algo podemos aliviar tus dolores. Pobre es la ofrenda; pero aun así, hemos escatinado para ella lo que hubiéramos invertido en festejar la visita de nuestro jóven monarca, vivamente impresionado como nosotros ante tu desventura, que un periódico de la corte llama muy acertadamente nacional. Por eso le hemos recibido con el silencio del duelo. Su llegada ha coincidido con los momentos mismos en que los ministros del santuario se preparaban para elevar sus preces al cielo por las víctimas de la catástrofe que lloramos; y cuando el corazón siente, la boca no puede reír. El pañuelo que debia agitar la mano, se necesita para los ojos.

¡Que Dios, fuente inagotable de misericordia, haga surgir sus raudales sobre tu desolado suelo en la medida que antes derramó los de las aguas, que en onda turbulenta lie-